



Antonio Villanueva Edo

LOS HÉROES OLVIDADOS

La extraordinaria odisea de los componentes de la Expedición Filantrópica de la Vacuna que, en el siglo XIX, viajaron a Latinoamérica y Filipinas para combatir la viruela.





Los héroes olvidados

Antonio Villanueva Edo



Rocaeditorial





© 2010, Antonio Villanueva Edo

Primera edición: enero de 2011

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona.
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso y encuadernado por Rodesa
Villatuerta (Navarra)

ISBN: 978-84-9918-216-2
Depósito legal: Na. 3.147-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.





A los héroes olvidados de la Expedición
Filantrópica de la Vacuna





Índice

Relación de personajes	11
1 Rhazés, el maestro <i>236 de la Hégira (858 d.C.)</i>	19
2 Lady Mary Wortley Montagu <i>1717</i>	25
3 Edward Jenner <i>1796</i>	35
4 Francisco Xavier Balmís <i>1802</i>	42
5 Los proyectos de Balmís <i>Marzo de 1803</i>	57
6 Los hombres de la expedición <i>De junio a julio de 1803</i>	67
7 Los últimos preparativos <i>De julio a agosto de 1803</i>	86
8 Por los llanos de Castilla <i>Del 9 al 12 de septiembre de 1803</i>	101
9 De Tordesillas a Lugo <i>Del 13 al 18 de septiembre de 1803</i>	115
10 El mar <i>Del 21 de septiembre al 30 de noviembre de 1803</i>	127
Un inciso del autor	157
11 La travesía a Tenerife <i>Del 30 de noviembre al 23 de diciembre de 1803</i>	159
12 Navidad en Tenerife <i>Diciembre de 1803</i>	175



13	Por el Atlántico a Puerto Rico <i>Del 6 de enero al 12 de marzo de 1804</i>	185
14	Por fin, América <i>Del 9 de febrero al 8 de mayo de 1804</i>	202
15	La expedición Salvany inicia su viaje <i>20 de mayo de 1804</i>	221
16	Camino de La Habana <i>26 de mayo de 1804</i>	229
17	De Puerto Sisal a Veracruz <i>Del 25 de junio al 24 de julio de 1804</i>	255
18	Francisco Pastor en Guatemala <i>De julio a diciembre de 1804</i>	262
19	En compañía de Aurora María <i>Del 14 al 20 de diciembre de 1804</i>	283
20	De Santa Fé de Bogotá a Quito. Por los caminos de los Andes <i>Diciembre de 1804</i>	294
21	A través de Nueva España <i>Del 8 de julio de 1804 al 17 de enero de 1805</i>	297
22	Últimos tiempos en México <i>1804-1805</i>	314
23	Las vicisitudes de Salvany en el Virreinato de Nueva Castilla <i>Otoño de 1804</i>	334
24	La ruta del Pacífico <i>Del 17 de enero al 26 de abril de 1805</i>	343
25	En Filipinas. Despedidas <i>Primavera-verano de 1805</i>	352
26	Balmís regresa a España <i>Verano-otoño, 1806</i>	367
27	Los papeles de la subexpedición de Salvany <i>1805-1808</i>	372
28	La calma que precede a la tempestad <i>1806-1808</i>	378
29	Tiempo de tormenta <i>1808</i>	402
30	De la Nueva España al nuevo México <i>1809-1812</i>	426
31	La ciudad dormida <i>Enero de 1813</i>	455
	Epílogo	471
	Agradecimientos	473

Relación de personajes

PERSONAJES HISTÓRICOS

Aguilar, Rafael de Capitán general de Filipinas.

Álvarez Caballero, Eugenio Manuel Miembro de la Sala de Justicia del Real Consejo de Castilla que defiende ante éste la postura de Fernando VII en relación con los sucesos de El Escorial.

Antonio Pascual, infante Hermano de Carlos IV, presidente del Consejo de Regencia nombrado por Fernando VII cuando éste se trasladó a Francia para entrevistarse con Napoleón.

Ayerbe Miembro de la camarilla de Fernando, príncipe de Asturias.

Balmís y Berenguer, Francisco Xavier Cirujano director de la Expedición Filantrópica de la Vacuna. Una vez separada la expedición en dos grupos, se encargó de la vacunación de la viruela en México y Filipinas. Posteriormente la extendió a Macao, a Cantón y a la isla de Santa Elena.

Barco y España, Pedro del Capitán de la corbeta *María Pita*, natural de Somorrostro, Vizcaya; trasladó la expedición desde La Coruña a los puertos de la costa atlántica de las Antillas españolas, Venezuela y México.

Beauharnais Embajador de Napoleón en España.

Bello, Andrés Joven oficial de la Capitanía General de Venezuela que hace de enlace con la expedición. Pasó a Chile donde fue senador y rector de la Universidad de Santiago. Escribió, entre otras obras, *La Gramática de la Lengua castellana destinada al uso de los americanos*, texto importante en la historia de la lengua española.



ANTONIO VILLANUEVA EDO

Berges, Lorenzo Cirujano experto en la técnica de la vacuna de la viruela que parte con el virrey Amar en su viaje a Nueva Granada. Balmís desea asociarlo a su expedición, pero no llega a tiempo para proponérselo, ya que fallece antes.

Bolaños, Basilio Enfermero. Acompaña a Salvany. Su rastro se pierde en el puerto de Buenos Aires en 1809, cuando está esperando regresar a España.

Bornos Miembro de la camarilla de Fernando, príncipe de Asturias.

Boticario de la Real Farmacia Prepara la farmacia portáti para la expedición.

Caballero, José Antonio (después **marqués de Caballero**) Secretario de Gracia y Justicia del Gobierno de España; de él dependió la organización de la expedición.

Capitán del puerto de La Coruña Funcionario que se encarga de buscarle una embarcación a la expedición para atravesar el Atlántico.

12 **Carlos IV** Rey de España impulsor de la Expedición Filantrópica de la Vacuna.

Castaños, Francisco Javier General español vencedor de las tropas napoleónicas en la batalla de Bailén.

Castro, José Ramón Gobernador de Puerto Rico.

Dupont, Pierre-Antoine Mariscal francés derrotado en Bailén.

Esclavas negras Balmís se ve obligado a comprar en La Habana tres esclavas negras que le sirven de portadoras de la vacuna, ante la imposibilidad de llevar niños.

Escóiquiz Miembro de la camarilla de Fernando, príncipe de Asturias.

Esparragosa y Gallardo, Narciso Médico guatemalteco que favorece la campaña de vacunación en la ciudad de Guatemala. Tío de Aurora María.

Fernández Ochoa, Ramón Cirujano que fue nombrado miembro de la expedición, pero que se apartó de ella antes de salir hacia América.

Ferrer, Vicente Niño portador madrileño, que prolongó su estancia en la expedición más allá de La Coruña.



- Flores, José Felipe Cirujano. Redactor de uno de los proyectos de la Expedición Filantrópica de la Vacuna.
- Francisco Antonio Niño gallego portador de la vacuna.
- García Arboleya Médico colaborador de Balmís en la vacunación de la región de Oaxaca.
- Gimbernat, Antonio Presidente de la Comisión de Cirujanos que falla el concurso de director de la Expedición Filantrópica de la Vacuna.
- Godoy, Manuel Príncipe de la Paz. Primer ministro del Gobierno de España en el tiempo que se organiza la expedición.
- Goicoechea, Manuel Propietario de la fragata *San José*.
- González del Campillo, Manuel Obispo de Puebla de los Ángeles. Acoge cordialmente la Expedición de la Vacuna.
- Grajales, Manuel Julián Cirujano ayudante. Acompaña a José Salvany en su subexpedición.
- Guevara Vasconcellos, Manuel de Capitán general de Venezuela.
- Gutiérrez Robledo, Antonio Cirujano ayudante. Acompaña a Francisco Xavier Balmís en su subexpedición.
- Hidalgo, Miguel, (el Cura de Dolores) Sacerdote del pueblo de Dolores; primer precursor de la sublevación contra la dominación española en México.
- Iturrigaray y Aróstegui, José Joaquín Vicente de Virrey de México a la llegada de la expedición.
- Jenner, Edward Cirujano inglés descubridor de la vacuna de la viruela.
- José Jorge Niño gallego portador de la vacuna.
- José I Rey intruso puesto por el emperador Napoleón en España tras derrocar a Carlos IV y Fernando VII.
- Juan Francisco Niño gallego portador de la vacuna.
- Lizana y Beaumont, Francisco Javier Arzobispo de México. Recogió a los niños portadores procedentes de la Inclusa de Compostela. En el segundo viaje de Balmís, era virrey cesante de México.
- Lorenzo, Fray Misionero betlehemita colaborador de Salvany en la campaña de la vacuna.
- Lozano Pérez, Rafael Practicante. Elegido por Balmís, hace la ruta de América del Sur.



ANTONIO VILLANUEVA EDO

Martín, Marcos Cirujano del hospital de los Reyes Católicos de Compostela.

Mon, Antonio Presidente de la Sala de Justicia del Real Consejo de Castilla, encargado por Carlos IV del juicio de su hijo Fernando, príncipe de Asturias, por los sucesos de Aranjuez.

Monzón Cirujano precursor de la vacuna en Puerto Sisal.

Moxos, Benito María Obispo auxiliar de Michoacán. Posteriormente se encontrará con Salvany durante su expedición por América del Sur.

Murat, Joachim (Gran Duque de Berg) General en jefe de los ejércitos franceses de ocupación en España.

Múzquiz y Aldanaute, Rafael de Arzobispo de Compostela. Confía a la Expedición de la Vacuna a veintidós niños incluso, a los que acompaña su rectora, doña Isabel Sendales.

Naya, Andrés Niño gallego portador de la vacuna.

Nelmes, Sarah Portadora de la viruela de las vacas con cuya linfa fue vacunado James Phipps.

14

Oller, Francisco Médico puertorriqueño precursor de la vacuna de la viruela.

Orgaz, conde de Miembro de la camarilla de Fernando, príncipe de Asturias.

Ortega, Pedro Enfermero de la expedición.

Pastor Balmís, Francisco Practicante. Sobrino de Balmís. Encargado de la vacuna en Guatemala acompañado de su primo Antonio Pastor, enfermero de la expedición.

Patton, Robert Gobernador de la isla de Santa Elena.

Pérez, Benito Gobernador de Puerto Sisal.

Phipps, James Niño con quien Jenner experimentó la inmunidad de la vacuna de la viruela.

Ramos Reyna, Pedro Cirujano colaborador de Francisco Pastor en Villahermosa.

Reding, Teodoro General suizo al servicio de España. Jefe de un cuerpo del ejército español en Bailén.

Requena, Francisco Funcionario del Consejo de Indias; organizador del concurso para director de la Expedición Filantrópica de la Vacuna.



Ruiz de Luzuriaga, Ignacio María Médico bilbaíno, vicepresidente de la Academia de Medicina de Madrid y amigo de Francisco Xavier Balmís.

Saavedra, Francisco Presidente de la Junta Central de Defensa.
Sáenz de Urbina, Pedro Gobernador de Puerto Cabello.

Salvany y Lleopart, José Subdirector de la Expedición Filantrópica de la Vacuna. Extendió la vacuna por Sudamérica.

San Carlos, duque de Miembro de la camarilla de Fernando, príncipe de Asturias.

San Martín, José de Capitán de caballería del Ejército español, nacido en la Argentina. Acompaña a Balmís en su incorporación al ejército del general Reding. Interviene en la batalla de Bailén. Posteriormente, libertador de Argentina.

Savary, Mariscal Militar francés que atrae a Fernando VII a Bayona, donde es hecho prisionero por Napoleón.

Sendales y Gómez, Isabel Rectora de la Inclusa de Santiago de Compostela. Cuidó maternalmente de los niños que portaron la vacuna en sus brazos desde Madrid hasta Filipinas.

Tabera y Sobrinos Propietarios de la corbeta *María Pita*.

Teba, conde de Miembro de la camarilla de Fernando, príncipe de Asturias.

Timmoni, Emmanuel Médico que practicó la variolización al hijo de lady Montagu en Constantinopla.

Unanue, Hipólito Profesor de Anatomía. Presenta a José de Salvany como doctor de la Universidad de San Marcos de Lima.

Velarde y Amarella, Bernardo Manuel Canónigo de la catedral de Santiago de Compostela, encargado de proporcionar a los niños gallegos portadores de la vacuna.

Vélez, Benito Hijo adoptivo de doña Isabel Sendales, acompaña a su madre durante todo su viaje.

PERSONAJES FICTICIOS

Adela Doncella de Aurora María.

Albarreal, conde de Anfitrión de la expedición a su paso por Villacastín.



ANTONIO VILLANUEVA EDO

Aurora María *Sobrina del doctor Esparragosa, de la que se enamora Francisco Pastor.*

Contramaestre de la fragata San José *Advierte a Balmís de las deficiencias de esta nave.*

Director del hospital de Veracruz *Acoge a Balmís en su hospital en su segundo viaje a México.*

Gándara, Juan de la *Emigrante procedente del valle de Miera que se afinca en México. Bisabuelo de Aurora María.*

Gobernador de Puebla de los Ángeles *Durante el segundo viaje de Balmís a México le convence para que restaure las cadenas de transmisión de la vacuna.*

Ituarte, Manuel *Contramaestre de la corbeta María Pita.*

José Rufo *Propietario de las embarcaciones que llevan a Francisco y Antonio Pastor con los niños portadores desde Mérida a Villa Real de San Cristóbal.*

Mexía, Pedro de *Alcalde de Villacastín, anfitrión de la expedición a su paso por esta localidad.*

Mondéjar *Secretario del gobernador de Puerto Cabello.*

16

Orellana, Martín de *Mayordomo del marqués de Torreblanca. Acoge en casa de éste a la expedición a su paso por Medina del Campo.*

Rengel, Pedro *Capitán de la fragata Santa María del Mar en la que regresa a la expedición desde Manila a Acapulco.*

Vidat, Lorenzo *Estanciero cubano que vende a Balmís tres esclavas negras que sirven de portadoras.*

PERSONAJES HISTÓRICOS A QUIENES
SE LES HA DADO UN NOMBRE FICTICIO

Alcalde de Medina del Campo *Acoge a la expedición a su paso por esta ciudad.*

Arráez, Capitán *Comandante de la fragata San José.*

Echeverría Urrutia, Pedro José *Comandante del puerto de Manila. Ayuda a la expedición de Balmís en la búsqueda de los barcos precisos para hacer los viajes de regreso a España y*



México. Resuelve el contencioso con el capitán del *Fernando de Magallanes*.

Grifo, Saturnino Comandante del navío *Fernando de Magallanes*, que hace la ruta de Acapulco a Manila.

Infantado, duque del Miembro de la camarilla de Fernando, príncipe de Asturias.

Mac Nabbs Cirujano de la isla de Santa Elena. Colabora en la vacuna de sus habitantes durante la escala que hace Balmís en esta isla en su viaje de regreso a España.

Romero, Miguel José Niño tambor del Regimiento de Dragones de La Habana cedido como portador de la vacuna.

Ruiz de Armentia, fray Saúl Obispo de Villarreal de San Cristóbal.

Santamaría, Miguel de Niño procedente de la Inclusa de Madrid que prolongó su estancia en la *María Pita* durante todo su viaje. Protagonista y relator de una parte de esta novela.

Univaso, Adrián Cirujano jefe del hospital de Caracas.

Urquiola, José Antonio Capitán de la corbeta *La Diligente*, que lleva a Balmís de Manila a Macao.



1

Rhazés, el maestro

Año 236 de la Hégira (858 d.C.)

Aquel día de primavera había aparecido radiante. Un viento suave moderaba la temperatura de una mañana iluminada por un sol resplandeciente que anunciaba la proximidad del verano.

El maestro Abu Bakr Muhammad ibn Zakariya al Razí se encontraba en la cúspide de su fama. Sus escritos sobre todas las materias médicas de su época se habían traducido a todos los idiomas. Se podían leer en latín en Bolonia, en jeroglífico en El Cairo, en griego en Bizancio, en árabe en Damasco y en persa en Tay. En todo Occidente se le conocía por su nombre abreviado, Rhazés, al que se le agregaba el sobrenombre de «el Hipócrates persa».

Las grandes obras de Rhazés se encontraban en las bibliotecas de los más importantes monasterios de Europa, donde habían sido traducidas por los monjes y copiadas por los escribas. Allí estaba el *Liber continens*, donde se encontraba el saber de los antiguos médicos griegos, el de los indios y el de los árabes actuales, y el *Liber ad Almansorem*, libro de consulta cuya vigencia se mantendría durante siglos.

Había terminado sus clases en Bayt al-Hikma, la Casa de la Sabiduría, en la que todos los días enseñaba a un gran número de estudiantes que se acercaban a él, atraídos no sólo por la profundidad de sus lecciones, sino también porque Rhazés tenía un carácter amable y trataba de contestar todas las preguntas que





ANTONIO VILLANUEVA EDO

sus alumnos le dirigían en cualquier momento. Los jóvenes estudiantes le rodeaban siempre, incluso le acompañaban hacia su casa cuando al final de la mañana terminaba sus clases.

Aquella mañana había explicado en la cátedra sus diferencias con las teorías que había expuesto siglos atrás un afamado médico latino, Galeno, que había sido el cuidador personal del emperador romano Marco Aurelio.

—Galeno fue un gran médico en la Roma imperial. Pero no podemos pensar que lo que él dijo hace más de seiscientos años tenga un valor inmutable. Debemos ser muy cuidadosos y huir de la aceptación ciega de lo que otros han dicho antes de nosotros. Por ejemplo, Galeno describe las calenturas de una forma que no siempre se corresponde con la realidad que vemos todos los días. Si miramos, escuchamos y observamos cuidadosamente a los enfermos que acuden a nosotros, estaremos en condiciones de sacar nuestras propias conclusiones de lo que hemos visto, observado y oído.

20

Y tras mirar a su alrededor y comprobar que sus discípulos estaban pendientes de sus palabras, les siguió hablando.

—Creo que, con toda humildad, puedo decir que, en la experiencia de toda mi vida, he podido enmendar algunas cosas que los antiguos han dicho en sus obras. Y del mismo modo, creo que los futuros médicos enmendarán las mías en los siglos venideros.

»Creo firmemente —agregó— que, si bien hay que conocer cuanto los que nos han precedido han dicho y escrito, hemos de dar más crédito a lo que con nuestra experiencia hemos aprendido. Pero cuando ésta misma nos lleva al error, aprendamos de nuestros propios errores y, para no equivocarnos en el futuro, saquemos de ellos las enseñanzas oportunas. Éstas no se nos olvidarán, ya que nos harán ver mejor nuestras propias limitaciones, pues sólo Alá es omnisciente y todopoderoso.

A Rhazés le agradaba el contacto con sus discípulos y no se cansaba de contestar sus preguntas y satisfacer su curiosidad. Uno de aquellos jóvenes le había formulado una pregunta un tanto comprometida. Se había puesto en cuestión la manera con la que el hombre conoce las formas y los colores,

los contornos, las luces y las sombras, es decir, ¿cómo vemos? ¿Cómo nos damos cuenta con sólo abrir los ojos de lo que hay a nuestro alrededor? ¿Cómo seguimos viendo con mucha o con poca luz?

Rhazés le contestó:

—Todo lo visible viene a nosotros a través del aire y entra en nuestros ojos. De ahí, por el hueco del nervio óptico ingresa en el cerebro, que es donde reside nuestro espíritu, nuestra vida, y donde conocemos lo que nos rodea.

»En cuanto a cómo vemos con poca luz, incluso los colores más sutiles —añadió—, te propongo que hagas una observación. Mira los ojos de una persona a la luz del día, cuando el sol brilla con más fuerza, y verás que las pupilas de sus ojos son pequeñas como puntas de alfiler. Pero lleva a esa misma persona a una habitación oscura, durante un buen rato, y verás que las pupilas se han hecho más grandes. Nuestras pupilas se cierran y se abren, según haya más o menos luz, sin que nuestra voluntad les influya. Si no lo hicieran así, el exceso de luz quemaría nuestros ojos.

Rhazés siguió hablando con sus alumnos durante un rato más. Cuando hubo contestado la última de sus preguntas, se levantó de su sitio y se dispuso a regresar a su casa. Dos de sus discípulos le pidieron permiso para acompañarle. Rhazés lo concedió de buena gana mientras les decía con una sonrisa:

—¿Aún tenéis más consultas que hacerme? ¿No habéis terminado vuestras preguntas?

Los jóvenes negaron con la cabeza, y uno de ellos le dijo:

—Vivimos cerca de vuestra casa, maestro. Por eso nos agradecería acompañarte.

Sin embargo, el trabajo del maestro aún no había terminado aquella mañana. En el poyo situado en la puerta de su casa estaba sentado un hombre a quien Rhazés conocía bien. Era Ahmed, el mayordomo de Suleimán ibn Ishak, el comerciante más rico de la ciudad, quien al verle se levantó con grandes muestras de respeto.

—Maestro —le dijo después de las primeras palabras de saludo—, mi amo me encarga que te pida encarecidamente que



ANTONIO VILLANUEVA EDO

acudas a su casa para ver a su hijo menor, que sufre una fuerte calentura.

—¿Cuánto tiempo hace que está así?

—Dos días. El niño es muy comilón, y el otro día, en un descuido, se coló en la despensa y se comió unos dulces recién sacados del horno. Por ello no se le dio importancia a su calentura, pues su padre creyó que era por el atracón.

Rhazés se volvió a sus alumnos y les dijo:

—¿Me queréis acompañar? Quizá todos aprendamos un poco más esta mañana.

No tardaron en llegar. La casa del comerciante no estaba lejos. En la puerta esperaba Suleimán, con semblante ansioso, que trocó por una sonrisa de alivio al ver al médico.

—¡Alá sea loado, puesto que ya estás aquí! Pasad, por favor, hemos puesto al niño en el cuarto del jardín.

Rhazés y sus acompañantes entraron en la estancia del niño, que se encontraba en semipenumbra.

—La luz le hace daño en los ojos y parece que en la oscuridad tiene menos dolor de cabeza —explicó el padre.

22

El joven, un adolescente alto y espigado que contestó tímidamente al cordial saludo del médico, estaba recostado sobre unos cojines en medio de la estancia. Rhazés se sentó a su lado e iba a poner la mano sobre su frente para apreciar su calor cuando detuvo este movimiento. Pidió al padre que abriera todos los postigos de la ventana para que entrara la luz y poder ver mejor al muchacho.

El chico tenía los ojos enrojecidos, y toda su cara, frente, párpados y mejillas, estaba cubierta de pequeñas vesículas amarillentas. Pidió a los criados que desnudaran al joven para poder apreciar las lesiones similares que se repartían por todo su cuerpo. Las examinó detenidamente sin tocarlas. Luego, se dirigió al joven con voz afectuosa y le preguntó qué molestias había tenido en las últimas horas. El muchacho le contestó que, salvo dolor de cabeza y mucha sed, de nada más se quejaba. A estas palabras el padre agregó que en las últimas horas se había negado a comer y no había querido ingerir más que un poco de agua y leche.





Rhazés se volvió entonces a los discípulos que permanecían detrás de él silenciosos y algo distanciados, y les preguntó:

—¿Qué os parece?

Los dos dudaron en contestar, pero el más decidido apuntó con un deje de duda en sus palabras:

—¿Es la viruela, maestro?

Rhazés se volvió al padre del muchacho para decirle:

—Mi alumno te ha dicho qué enfermedad tiene tu hijo. Pero no te apesadumbres todavía, pues es un brote inicial; podremos dominarlo y sobrevivirá a esta enfermedad. Ahora déjanos solos. Hemos de curar las lesiones de tu hijo.

Pidió que le trajeran algodones, hilas y unos lienzos limpios. Después, ya sólo con sus discípulos a su lado, sacó de su faltriquera una pequeña cajita de ébano, y de ella, un fino alfiler de oro que guardaba entre algodones. Con él fue pinchando las pústulas más grandes, mientras sus ayudantes empapaban los algodones con el pus que rezumaba de ellas. Repitió esta maniobra cuantas veces fue preciso, preguntando al joven si le molestaba al pincharle. Como éste negaba con la cabeza, siguió abriendo las pustulillas que le parecían más maduras. Después, pidió a uno de sus discípulos que recogiera los algodones con que se habían limpiado las lesiones y que los mandara quemar. Llamó al padre y le encargó que se preparara una mixtura con sándalo, arcilla armenia, alcanfor, vinagre y agua de rosas con el que untar toda la piel del muchacho y que después se le protegiera con un lienzo limpio. Prescribió una pomada suavizante para descongestionar sus párpados y tras haber dado todas esas órdenes, se acercó de nuevo al padre para tranquilizarle con sus palabras,

—Tu hijo, Suleimán, sobrevivirá a la viruela. Sigue fielmente todo lo que te he dicho. Dentro de unos días las pústulas serán sustituidas por costras que, cuando se sequen, se desprenderán. Eso te indicará que las lesiones se han curado. Mientras tanto, mantén ventilada la habitación del muchacho, abre las ventanas con sus celosías para que entre bien el aire sin que la luz irrite sus ojos. Dale jarabes y líquidos azucarados, zumos y también frutas enteras. Te recomiendo el de granada y los cocimientos de pasas e higos con semillas de hinojo.





ANTONIO VILLANUEVA EDO

—¿Y así se curará, maestro?

—Alá es omnipotente y misericordioso y tendrá piedad de él para que viva.

—Pero después de la viruela, su cara no será la misma —respondió torvamente el padre.

Rhazés se quedó callado un momento, pero mirando a los ojos del padre le dijo:

—Suleimán, ¿qué prefieres? ¿El rostro vivo de tu hijo, aunque esté picado de viruelas o...?

Suleimán devolvió la mirada a Rhazés y, con gesto de abatimiento, inclinó la cabeza para ocultar dos lágrimas que pugaban por salir de sus ojos.



2

Lady Mary Wortley Montagu

1717

A principios de 1717, cuando lord Wortley Montagu comunicó a lady Mary, su esposa, que debía ir a Turquía, donde se le había encomendado la misión diplomática de buscar el acercamiento del sultán con la corte imperial de Viena, ella manifestó a su marido su disposición para seguirle a Estambul en cualquier momento. Él había pensado que a su mujer le iba a costar abandonar su confortable mansión de Inglaterra para ir a vivir durante una larga temporada a Turquía, y no dejó de sorprenderle su actitud y también que no pusiera ningún obstáculo cuando le pidió que le acompañara. Tanto era así que no dudó en conminarla a que se lo pensara mejor.

—No, querido, no trates de convencerme para que me quede en Inglaterra a esperar tu regreso. Estoy decidida a irme contigo.

—Quizá no encontremos allí las comodidades que tenemos en nuestra casa.

—No, no insistas. Te acompañaré. Por otro lado, en Londres, encerrada entre estas cuatro paredes, me sentiré oprimida.

Su marido no insistió porque sabía captar en el tono de la voz y en el rostro de su mujer la seguridad y la firmeza de sus decisiones.

—Bien, querida, que sea como tú desees. Te agradezco que vengas conmigo. Te hubiera echado mucho de menos si te hu-



ANTONIO VILLANUEVA EDO

bieras quedado. Prepara lo necesario para nosotros y para nuestro hijo. Dentro de una semana tomaremos el barco para pasar una larga estancia en Turquía.

—No te preocupes de estos detalles. Déjame a mí preparar nuestros equipajes. —Luego, con un semblante entre risueño y soñador, agregó con un deje de excitación en sus palabras—: Creo que me vendrá muy bien salir de Inglaterra. Además, ir a Oriente, y más a Constantinopla, es muy seductor. Ésta tiene que ser una ciudad brillante, con un gran atractivo. Ver Santa Sofía, el palacio de Topkapi, el Cuerno de Oro... No, querido, no me quedaré en Inglaterra. No me perdería esta oportunidad de emprender un viaje tan fascinante ni por todo el oro del mundo. Lady Mary se quedó callada con una leve sonrisa jugando en sus labios y después le preguntó a su esposo—: Tú ya has estado en Estambul. Dime, ¿qué se siente al verla?

Lord Montagu quedó silencioso al oír la pregunta de su mujer, como si le fuera difícil contestar escuetamente.

26

—Te diré lo que me contestó el contramaestre del barco que me llevó allí por primera vez cuando le hice esa misma pregunta: «Entrar en Constantinopla en una bella mañana de primavera, *milord*, es el mejor momento que podrá disfrutar vuestra excelencia en su vida». De todas maneras, dudo que mis palabras puedan describirte la realidad, lo mejor será que lo compruebes personalmente. Creo que mi trabajo en Estambul nos dejará tiempo suficiente para que pueda enseñarte aquella ciudad maravillosa. ¡Ah, y de nuevo gracias por querer venir conmigo!

Lord Wortley Montagu comprendía por qué en aquella ocasión su mujer, aparte de por gozar de un viaje al Cercano Oriente, quería acompañarle hasta la lejana capital del Imperio turco y dejar Inglaterra. No hacía mucho tiempo que durante el transcurso de una epidemia de viruela había perdido a su hermano, y ella misma había contraído tan terrible enfermedad. Lady Mary tuvo suerte. Pudo sobrevivir a la enfermedad, pero pagando un precio terrible. Cuando se sobrepuso a su proceso, llevaba en su cara las secuelas de la viruela. Sus ojos, que habían sido vivarachos y alegres, después de su enferme-



dad quedaron sin pestañas, mortecinos y apagados, y su cara, admirada en todos los salones de Londres por la armonía y belleza de sus facciones, apareció completamente cubierta por pequeñas cicatrices puntiformes, vestigios de las vesículas varicelosas. Y aunque lady Mary había sido siempre una mujer animosa, se asió fuertemente a la idea de irse con su marido a la lejana Turquía como una forma de alejarse de los amargos recuerdos de aquellos días aciagos.

La travesía fue tranquila, por lo que los Montagu pudieron disfrutar de la contemplación de los cambiantes colores del Mediterráneo a la luz de las distintas horas del día. El paso por el estrecho de Mesina, la visita a las ruinas de Atenas, el aspecto de las islas del Egeo a la luz melancólica del sol poniente, la entrada por los Dardanelos, la travesía del mar de Mármara bajo la luminosidad de un sol cenital, avistar el Bósforo, fueron sensaciones imperecederas. De esta manera, lady Mary, su esposo y su hijo pudieron disfrutar de unas jornadas inolvidables en su travesía hasta la capital del Imperio otomano.

El capitán del barco, que había tenido la deferencia de invitar al puente a los Montagu para presenciar la entrada del barco en Estambul, les colocó a su lado y, cuando las labores de la maniobra de aproximación a puerto se lo permitían, mostraba a sus huéspedes el panorama que se veía desde el puente.

—Señores, lo que veis delante es el paso del Bósforo, que une el mar de Mármara con el mar Negro y separa Europa de Asia; es decir, las tierras europeas de la antigua Tracia, a la izquierda, de las de la orilla derecha, que son asiáticas y corresponden a la península de Anatolia. A nuestra izquierda, hay un paso muy estrecho en forma de cuerno de toro que forma con el Bósforo un ángulo recto. Es el Cuerno de Oro, cuyas aguas penetran en la parte europea de la ciudad.

—¿Por qué lo llaman así, capitán?

—*Milady*, desde los tiempos de los bizantinos, han entrado por ahí, con gran abundancia, todas las riquezas de Europa, Asia y África. De ahí que se le diera tal mitológico nombre.

En aquel momento, el primer oficial reclamó la presencia del capitán, que abandonó la compañía de los Wortley Mon-



ANTONIO VILLANUEVA EDO

tagu para darle unas breves instrucciones en respuesta a sus preguntas. El signo de asentimiento de la cabeza de aquel hombre le permitió volver con sus invitados.

—Perdonen, señores, pero debía dar mis disposiciones al primer oficial.

—Quizás estamos abusando de su amabilidad.

—No, *milord*, mi oficial es un marino experimentado que manejaría la nave con los ojos cerrados. No se preocupen. Él llevará el barco sin ningún problema, lo que me permitirá atenderles hasta el momento en que se inicien las labores de atraque en el puerto; ellas sí son de mi responsabilidad. —Y siguió hablando a sus huéspedes—: Allí, en la zona europea, entre el mar de Mármara y el Cuerno de Oro, está Estambul, la ciudad turca que ocupa el lugar de la antigua Bizancio. ¿Saben que la llamaron la Nueva Roma porque al igual que la antigua se construyó sobre siete colinas? —El capitán movió su mano en dirección hacia el norte, mientras decía a sus invitados—: Allí tienen, entre el Cuerno de Oro y el Bósforo, las ciudades francas de Gálata y Pera, y frente a la abertura de aquél, ya sobre la orilla asiática, está Scutari. La antigua Constantinopla, por tanto, está formada por estas tres ciudades, colocadas una enfrente de otra, separadas por distintos brazos de mar, como si estuvieran situadas en distintas riberas de unos ríos caudalosos, pero no tan alejadas entre sí que no puedan verse entre ellas. Esto es lo que da a Constantinopla esa belleza que no tiene ninguna ciudad en Europa o Asia.

28



Al avanzar el barco, se veía desplegarse la parte de la ciudad situada en la orilla norte del mar de Mármara, entre el cabo del Serrallo y el castillo de las Siete Torres. Detrás de las casas se asomaban, iluminados por el sol, los esbeltos y blancos minaretes y las cúpulas rosas de las mezquitas. Las viejas murallas, alternadas de trecho en trecho por torres almenadas, cercaban la ciudad. Las olas del mar lamían sus bases.

Detrás de ellas se elevaban en el aire cuatro altísimos alminares, brillando al sol y circundando la silueta de Santa Sofía. Junto a ella, otros de mezquitas menores, que parecían dedos enhiestos que apuntaban al cielo.





—¡Qué maravilla! —exclamó lady Montagu.

Su marido levantó en alto a su hijo, que permanecía silencioso a su lado, para que pudiera contemplar aquel maravilloso espectáculo.

—Mira, hijo, es Estambul, la capital del Oriente.

De pronto el barco disminuyó su marcha, avanzando lentamente, aproximándose a la colina del antiguo Serrallo. Los viajeros contemplaron un gran montículo cubierto de toda clase de árboles: cipreses, terebintos, abetos, plátanos gigantescos. En medio de ellos un abigarrado conjunto de construcciones de variopinto aspecto: quioscos, pabellones coronados de cupulillas, con galerías dotadas con ventanas enrejadas y puertas de arabescos que se abrían hacia jardines y patios llenos de flores, irrigados por fuentes saltarinas. En aquella pequeña colina se había desarrollado la gloria del Imperio turco, sus conquistas, sus placeres, sus amores, pero también había sido regada por la sangre vertida en todas las batallas, conjuraciones y luchas de cuatro siglos durante los que había sido palacio y ciudadela de la gran monarquía otomana.

Al otro lado del Cuerno de Oro se veía Scutari, con sus diminutas casitas en medio de jardines llenos de verdor y flores en derredor de pequeñas mezquitas. En sus extremos, nuevos grupos de casas rodeadas de árboles, pequeñas construcciones campestres, detrás de las cuales despuntaban cúpulas, minaretes, torres; en suma, una ciudad en medio de un gran jardín, como un gran espectáculo que reflejara en las aguas azules del Bósforo toda su espléndida belleza. Más allá de Scutari se divisaban los cafés, los bazares, los edificios a la europea, las escalinatas, las murallas que ciñen la antigua Calcedonia, situada en la opuesta orilla a Estambul. Finalmente, el capitán hizo que sus invitados se fijaran en las ciudades de Gálata y Pera, donde se encontraban las embajadas, el arsenal y el espeso bosque de los mástiles de embarcaciones. Tras ellos, sus barrios, casas, huertas, jardines, mezquitas, en un abigarrado friso lleno de luz y color.

—Esto es un prodigio —repitió lady Montagu—. Capitán, estamos muy agradecidos por las maravillas que nos ha mos-





ANTONIO VILLANUEVA EDO

trado. No olvidaré nunca su atención al hacernos compartir estos momentos.

—Ha sido un gran placer servirla, *milady* —terminó el capitán con una reverencia.

Los Montagu volvieron a agradecer al capitán su deferencia y, tras los últimos saludos y despedidas, se prepararon para el inminente desembarco en la ciudad. A su llegada, se acomodaron en una quinta que la embajada británica les había buscado. Estaba situada en la parte alta de la ciudad, rodeada de un bello jardín poblado de árboles cuya sombra suavizaba las cálidas temperaturas a las que se veía sometida la ciudad y desde donde se dominaba la entrada del estrecho del Bósforo en el mar de Mármara.

Lady Wortley Montagu se dedicó primordialmente a la educación de su hijo. Llevaban unas semanas en Estambul cuando el niño presentó un proceso gripal. Lord Wortley Montagu se dirigió en demanda de ayuda a uno de los secretarios de la embajada, para que le recomendara los servicios de un médico que atendiera a su hijo.

—*Milord*, Su Excelencia puede dirigirse al doctor Emmanuel Timmoni. Es un médico griego que goza de gran renombre en la ciudad. Conoce perfectamente nuestro idioma, pues se ha formado en las facultades de Padua y Oxford, así que será muy fácil que su señoría se comunique con él.

Lord Wortley Montagu siguió el consejo que le habían dado. Aquella misma tarde, el doctor Timmoni se presentó en su residencia. Entró en la habitación del muchacho, tras interesarse por el curso que había llevado la enfermedad hasta entonces, y examinó concienzudamente al niño; después tuvo unas palabras tranquilizadoras para los padres.

—No deben preocuparse demasiado. El niño sólo tiene un leve resfriado.

Abrió su maletín, sacó un frasco y se lo dio a lady Wortley Montagu mientras le decía:

—Dele al niño una cucharada tres veces al día, en el desa-



yuno, la comida y la cena. Le bajará la fiebre y estará bien al cabo de pocos días. De todas maneras volveré a verle mañana por la mañana.

Durante los días siguientes, el niño evolucionó favorablemente y no tardó en hacer la vida que había llevado antes. Cuatro días más tarde, el doctor Timmoni se despidió de los Wortley Montagu, ya que no consideraba necesarias más visitas.

—Le agradecemos mucho sus servicios, doctor Timmoni. ¿Querría venir esta tarde a tomar el té, si es que sus obligaciones se lo permiten?

—Lo haré con mucho gusto, *milady*. Estaré aquí puntualmente.

Timmoni fue puntual. Lady Montagu acogió con toda cordialidad al médico y le reiteró su agradecimiento por la curación de su hijo.

—No me debe dar las gracias, *milady* —repuso él—. Su hijo es un muchachito robusto y fuerte que ha superado perfectamente el resfriado y que ahora se encuentra bien.

—¿Qué más quisiera yo que tenerle siempre fuera de los peligros de la enfermedad! Pero no es así, por desgracia. Vivo con el temor de que en cualquier momento aparezca algo que malogre su vida.

—No debe usted dejarse llevar de esos falsos presentimientos. Piense usted que hoy el niño está bien y que no hay, en este momento, ningún peligro que le aceche.

—Es posible que tenga razón. Pero ¿qué quiere usted que le diga? Mi hermano era un hombre fuerte, aparentemente tenía una excelente salud y, al cabo de pocos días, una enfermedad se lo llevó sin que los mejores médicos de Londres pudieran hacer nada por él.

—¿Y cuál fue la causa de su muerte?

—La viruela, doctor Timmoni, la viruela. Yo también me vi contagiada de esta enfermedad, y aunque pude salir de ella, ya ve usted que dejó su rastro en mi cara. ¿Cuándo podrán los médicos encontrar remedio para tan terrible plaga?

Timmoni calló un momento mientras contemplaba las pi-



ANTONIO VILLANUEVA EDO

caduras de la cara de lady Montagu. Por un momento dudó en expresar su pensamiento, pero al final le dijo:

—Es posible que en un futuro muy próximo podamos terminar para siempre con la viruela y sus desagradables consecuencias.

—¿Y cuándo será esa maravilla? —preguntó incrédula la dama.

—Permítame, señora, que le cuente algo. No sé si es una leyenda o una historia real, pero, de todas formas, merece la pena. Hace muchos años, siglos más bien, había en China un mercader de esclavas que tenía fama por la belleza de las jóvenes que proporcionaba al harén de su emperador y a los de los altos dignatarios de la corte, ya que ninguna de ellas contraía la viruela aunque se vieran rodeadas de personas con esta enfermedad, lo cual era una garantía de que su belleza nunca sufriría menoscabo.

Timmoni hizo una pausa, tomó un sorbo de té de su taza y prosiguió.

32

—Cómo lo conseguía era uno de sus mejores secretos, que sólo reveló, en la hora de la muerte, a su hijo mayor. El mercader había aprendido a recoger las costras que se desprendían de las vesículas variolosas en fase de cicatrización, las reducía a polvo y se las hacía aspirar a sus esclavas, que, sólo con ello, se veían salvaguardadas de la enfermedad de la viruela.

»Bien —prosiguió Timmoni—, esto puede ser una leyenda antigua, pero lo cierto es que cuando un enfermo de viruela se cura, no vuelve a contraer esta enfermedad aunque esté en contacto con enfermos del mismo mal. Esto me hizo pensar en la posibilidad de provocar formas atenuadas de la enfermedad, bien toleradas por personas sanas. Con eso se lograría que las personas fueran resistentes a la viruela para toda su vida.

—Pero ¿es posible?

Timmoni no titubeó al contestar:

—Sí, es posible. Yo mismo lo he podido comprobar.

—Y ¿cómo lo ha hecho?

—Ahorraré a su señoría los detalles técnicos de este procedimiento. Se extrae una pequeña cantidad del pus de una vesí-



cula del enfermo y se inocular bajo la piel de una persona sana. Ésta desarrolla una viruela muy atenuada que se cura en pocos días sin que aparezca la temible generalización de las grandes vesículas que tan desagradables cicatrices dejan al curarse. A partir de ese momento esta persona se verá libre de la enfermedad para el resto de sus días.

—Y este método ¿es seguro? Quiero decir..., ¿no ha tenido alguna circunstancia desagradable, alguna muerte...?

—Sin falsa modestia, *milady*, he tenido el honor de publicar en la prestigiosa revista *Philosophical Transactions* de la Royal Society de Londres mis trabajos con cincuenta personas a las que inoculé pus de la viruela. De ellas, cuarenta y cinco padecieron una forma leve; no estoy seguro de lo que les pasó a las otras cinco, pero lo que sí es cierto es que, de todas ellas, ninguna padeció después la viruela. —Y con cierto matiz de orgullo en sus palabras agregó—: He recibido cartas muy laudatorias de varios colegas de Inglaterra, aunque no sé si ellos han trabajado en este asunto como yo lo he hecho.

Aquella noche lady Mary no pudo conciliar totalmente el sueño. En su duermevela, las ideas despertadas por las palabras del médico le daban vueltas por la cabeza. Continuamente acudían a su mente las vivencias de su propia enfermedad y la de su hermano. Sólo cuando ya alboreaba el día pudo conciliar un sueño agitado.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, le contó a su esposo la conversación que había mantenido con el doctor Timmodi.

—Si a ti no te parece mal, he pensado que podríamos poner a nuestro hijo en sus manos para que le inocular la viruela; así, se verá libre de contraer esta enfermedad.

A lord Wortley Montagu la idea de su mujer le pareció acertada, por lo que le pidió al médico que fuera a hablar con ellos. Timmodi dio todas las explicaciones que el lord le pidió y contestó a todas las preguntas que el matrimonio le hizo. Al final, los Wortley Montagu dieron el consentimiento para que se inoculara a su hijo con la viruela un día después.

Durante las jornadas siguientes, los padres siguieron con



ANTONIO VILLANUEVA EDO

cierta ansiedad la evolución del niño, a pesar de las palabras tranquilizadoras que les dirigía Timmodi. Al cabo de una semana, el médico les aseguró que la experiencia había sido satisfactoria y que el niño estaba totalmente inmunizado de la viruela para el resto de su vida. Un tiempo después, terminado el trabajo que había llevado a lord Montagu a Estambul, se dispusieron a regresar a Inglaterra. Antes, lord y lady Montagu invitaron al doctor Timmodi a una comida de despedida en la que ambos le agradecieron vivamente sus servicios profesionales.

—Doctor Timmodi —le prometió lord Montagu—, le aseguro que en el informe que haré llegar al Foreign Office sobre mi estancia en Estambul, mencionaré su trabajo de la inoculación de la viruela.

—Y completando la promesa de mi esposo —agregó su esposa—, yo también trataré de que se conozca en la corte inglesa su procedimiento.

Los Montagu cumplieron su promesa. Lady Mary se convirtió en una eficaz propagandista de la inoculación variólica. En su cometido la ayudó la muerte, a causa de la viruela, del duque de Gloucester, heredero de la Corona. La misma casa real inglesa dio ejemplo haciendo inocular a sus hijos, lo que ayudó extraordinariamente a la difusión de esta práctica en todo el país.

